

SENTIDO DE LA DELIBERACIÓN EN EL *POPOL VUH*

*Javier Morales Mena**

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
yakanasz@hotmail.com

Fecha de recepción: agosto de 2014 **Fecha de aceptación:** octubre de 2014

RESUMEN: El presente ensayo busca explicar el sentido que tiene la representación de la deliberación en el *Popol Vuh*. Asimismo, se analizan las situaciones donde esta se representa para orientar el sentido de la búsqueda de la interacción entre hombres y dioses. Se postula que las representaciones tienen como subtexto una apelación a la razón como imperativo para la existencia como para el advenimiento de lo humano. De igual forma, se sostiene que el advenimiento de lo humano es resultado de la exigencia y ejercicio de la deliberación que los dioses practican, y que exigen debe tener también su creación.

- * **Javier Morales Mena** estudió el pregrado y posgrado de Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, y el diplomado en Literatura comparada y crítica cultural en la Universidad de Valencia (España). Ha compilado *La trama teórica. Escritos de teoría literaria y literatura comparada* (Lima: UNMSM, 2010), *Teoría de la literatura: restos* (Lima: UNMSM, 2012) y publicado *Juan Ojeda. Poesía metafísica* (Lima: APL, 2013). Actualmente, es miembro de la Asociación Peruana de Literatura Comparada (ASPLIC), afiliada a la Asociación Internacional de Literatura Comparada (ICLA) y docente de Literatura de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Internacional de Literatura Comparada (ICLA) y docente de Literatura de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

PALABRAS CLAVE: Deliberación, razón, creación, destrucción, racionalidad comunicativa.

SENSE OF DELIBERATION IN THE *POPOL VUH*

ABSTRACT: This paper tries to explain the sense in which the representation of deliberation in the *Popol Vuh*. In addition, situations where this is shown to guide the direction of the search for the interaction between men and analyzed gods. Is postulated to the performances are as subtext an appeal to reason as imperative for the existence and for the advent of the human. Similarly, it is argued that the advent of humanity is a result of the requirement and exercise of deliberation practicing the gods, and that demand should also have your creation.

KEYWORDS: Deliberation, reason, creation, destruction, communicative rationality.

1. INTRODUCCIÓN

Considerado como la «Biblia de América», el *Popol Vuh* es uno de los textos seminales que contiene las raíces del pensamiento mesoamericano. Su valor antropológico, histórico, filosófico y literario lo equipara a cualquier otro libro sobre la génesis del universo: la Biblia, el Mahabarata, el Upanishad o el Manuscrito de Huarochirí. *Popol Vuh* significa «libro del consejo» o «libro donde mora el consejo y el

saber más autorizado» (*Pop* significa «estera tejida», «sede de la autoridad y consejo»; *Vuh* significa «libro»).¹

Son diversas las investigaciones que se realizan a propósito de este archivo del pensamiento mesoamericano. Algunas de estas emprenden una suerte de labor arqueológica que las conduce a reconstruir y establecer la historia de los primeros manuscritos y las primeras traducciones; otros abordajes focalizan la atención en dilucidar las interpolaciones cristianas fuertemente presentes en la trama del relato.² De las múltiples e interdisciplinarias aproximaciones que se ensayan (véase: Brotherston 1997: 275-384; León-Portilla 1978: IX-XXXII; Garza 1980: IX-LVII; Sodi 1964:89-92; Alcina 1989: 13-16),³ el siguiente hecho resulta evidente: en su mayoría estas coinciden en subrayar directa o indirectamente que entre la estela discursiva del *Popol Vuh* se contempla la aurora que anuncia el advenimiento de lo humano. Esto es, un acontecimiento que implica también el alumbramiento y ordenamiento del universo y lo divino. Debido a esto, «ofrecer una crítica del *Popol Vuh* significa buscar el corazón de la

¹ Se puede consultar al respecto la nota explicativa de la edición del *Popol Vuh* que elabora Adrián Recinos: «*Popo Vuh*, o *Popol Vuh*, literalmente el libro de la comunidad» (1960: 165).

² Precisamente la reflexión a propósito de las interpolaciones culturales que resultan del proceso de «transvase», reparan en este hecho estratégico de resistencia: «Just as Mayan peoples learned to use the symbolism of Christian saints as masks for ancient gods, so they learned to use the Roman alphabet as a mask for ancient texts» (Tedlock 1996: 25). De igual forma, Miguel León-Portilla sostiene que este proceso semiótico de «alfabetización» de los signos glíficos, las imágenes, las pinturas, los colores y las texturas, explican la estratégica opción de los mesoamericanos por buscar hacer supervivir el legado de su pasado, y por negarse a verla reducida a cenizas (Cf. León-Portilla 1996: 21-ss).

³ Estas múltiples lecturas decodifican los signos que evidencian el mestizaje o que asientan los elementos que serán recurrentes en la cosmogonía, mitología y pensamiento de los pueblos americanos.

América indígena, lo que a su vez significa plantear preguntas filosóficas que durante milenios han parecido fundamentales» (Brotherston 1997: 275).

En el presente ensayo se explica el rol que cumple la deliberación en el advenimiento de lo humano. Para tal efecto, se realiza una presentación de la dialéctica de creación y destrucción que anima el proyecto creador de los dioses que buscan crear el hombre ideal; se explica también el sentido de la deliberación en el proceso de búsqueda de aquella creación perfecta. Se sostiene que el advenimiento de lo humano es resultado de la exigencia y ejercicio de la deliberación que los dioses practican, y que exigen debe tener también su creación. Es decir, en todos los casos donde los dioses disciernen sobre el hombre que merece poblar el universo, el requisito determinante que define la existencia es el saber. Conocimiento que, a medida que avanza la narración de la creación, se complementará con la prudencia y la virtud. Exigencias, estas, que permitirán al ser humano honrar a sus dioses. En otras palabras, lo humano –en el *Popol Vuh*– se yergue, camina, echa raíces y logra imponerse al universo debido a la razón. La deliberación determina el advenimiento de lo humano. Lo humano es parto de la razón.⁴

⁴ Adviértase esta lógica de sentido, por ejemplo, en el relato «Las ruinas circulares», de Jorge Luis Borges. El discurso narrativo nos coloca frente al acontecimiento de la creación minuciosa de un hombre a quien su creador le exige, como condición de existencia, el ejercicio de la razón (crítica). Oigamos al narrador enmarca su enunciación dentro del proceso de selección onírica que hace el creador: «A las nueve o diez noches comprendió con alguna amargura que *nada podía esperar de aquellos alumnos que aceptaban con pasividad su doctrina y sí de aquellos que arriesgaban, a veces, una contradicción razonable*. Los primeros, aunque dignos de amor y buen afecto, no podían ascender a individuos; los últimos preexistían un poco más. Una tarde (ahora también las tardes eran tributarias del sueño, ahora no velaba sino un par de horas en el amanecer) licenció para siempre el vasto colegio ilusorio y se quedó con un solo alumno. Era un muchacho taciturno, cetrino, díscolo a veces, de rasgos afilados que repetían los de su soñador. No lo desconcertó por mucho tiempo la brusca eliminación de los condiscípulos; su progreso, al cabo de unas pocas lecciones particulares, pudo maravillarlo al maestro» (Borges 1956: 53, las cursivas son nuestras). Es evidente la primacía del elemento racional como la cualidad que hace a la creación (humana) imponerse a las demás. Repárese en el hecho

2. AURORA DE LO HUMANO

Una dialéctica de creación y destrucción mueve los engranajes discursivos del *Popol Vuh*.⁵ Los dioses habitan sobre el inconmensurable silencio de la tierra, el cielo y el mar: «Esta es la primera relación, el primer discurso. No había todavía un hombre, ni un animal, pájaros, peces, cangrejos, árboles, piedras, cuevas, barrancas, hierbas ni bosques [...] Solamente había inmovilidad y silencio en la oscuridad de la noche» (23).⁶ Progresivamente los dioses distribuyen sobre este espacio la colorida naturaleza, los árboles, animales y todo aquello que haga menos solitario y silencioso el universo. De esta manera, «dispusieron la creación y crecimiento de los árboles y bejucos [luego crearon] los animales pequeños, los guardianes de todos los bosques, leones, tigres, culebras» (24-25).⁷ Dentro de esta poblada territorialidad

de que no es cualquier racionalidad, el narrador se encarga de hacer que esta no se asocie con lo pasivo y lo acrítico; ello, como para indicar el carácter crítico y de discernimiento. Finalmente, parece claro, el guiño conceptual con el *dictum* kantiano del despertar de la razón moderna, que es lo que se le exige a la creación: ¡Atrévete a pensar por ti mismo!

⁵ Todas las referencias textuales provienen de *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*. Traducción, introducción y notas de Adrián Recinos (1960). Solo se citará, al final de cada la referencia, el número de la página correspondiente.

⁶ De la referencia realizada llama poderosamente la atención la idea de «primera relación» y «primer discurso», no tanto por el énfasis en la primeridad, sino más bien por lo que entrañan los conceptos que hacen de contenedores del pensamiento quiché. Walter Mignolo propone reconstruir los conceptos que organizaban y orientaban las complejas interacciones semióticas que concurren en este tipo de discursividad colonial (consúltese Mignolo 1993: 527-562 y Mignolo 1994: 220-270).

⁷ Recordará el lector que la creación de los animales si bien resulta óptima por cuanto se los posiciona como habitantes del teatro de la creación, por otro lado, resulta infructuoso para los dioses pues no consiguen que estos logren verbalizar en lenguaje humano los nombres de sus dioses creadores. La condena por esta insuficiencia lingüística que permitiría la realización de la adoración hacia los dioses es más que predecible: «no se pudo conseguir que hablaran como los hombres; solo chillaban, cacareaban y graznaban; no se manifestó la forma de su lenguaje, y cada uno gritaba de manera diferente [...] por esta razón fueron inmoladas sus carnes y fueron condenados a ser comidos y matados los animales que existen sobre la faz de la tierra» (26-27).

tratarán de satisfacer –una y otra vez– la necesidad que tienen: crear una criatura humana que los adore y reconozca como sus creadores:

— ¡A probar otra vez! Ya se acercan el amanecer y la aurora; ¡hagamos al que nos sustentará y alimentará! ¿Cómo haremos para ser invocados para ser recordados sobre la tierra? Ya hemos probado con nuestras primeras obras, nuestras primeras criaturas; pero no se pudo lograr que fuésemos alabados y venerados por ellos. Probemos ahora a hacer unos seres obedientes, respetuosos, que nos sustenten y alimenten. Así dijeron. (27)

Este pasaje hace evidente una carencia que los dioses no se esfuerzan por evitar: la necesidad de ser reconocidos por otros humanos. Es como si su condición divina estuviera garantizada precisamente en la existencia humana. Pero no de cualquier creación humana. En este proceso de búsqueda, los dioses primero dan vida al hombre de barro. Lo endeble de su constitución física le impide sostenerse. Se desmorona. Sucumbe: «se deshacía, estaba blando, no tenía movimiento, ni tenía fuerza, se caía, estaba aguado, no movía la cabeza, tenía velada la vista, no tenía entendimiento» (27-28). Los elementos con que los dioses crearon a este hombre de barro (tierra y lodo) le hacen tener una fragilidad excesiva, una falta de consistencia material y racional que no le permite imponerse a la naturaleza, por ello es erradicado de la tierra. Repárese en el detalle de este primer hombre de barro que en un inicio «hablaba». Es decir, aquella limitación lingüística que tenían los animales, y por el que los dioses los castigaron, no resulta suficiente en este

tramo de la creación. Luego de este primer intento infructuoso, los dioses prueban otra vez.

La segunda generación de hombres será de madera («los muñecos de palo»). A diferencia del hombre de barro, estos sí pueden desarrollarse y sostenerse sobre la tierra: «existieron, y se multiplicaron; tuvieron hijas, tuvieron hijos los muñecos de palo; pero no tenían alma, ni entendimiento, no se acordaban de su Creador, de su Formador; caminaban sin rumbo y andaban a gatas» (29-30). Es evidente que estos hombres de madera no hacen que los dioses se sientan realizados. No cumplen con satisfacer las necesidades de su creador. No solo pecan de olvido, falta de inteligencia, espiritualidad y entendimiento para adorarlos, tampoco tienen «sangre ni sustancia, sus mejillas estaban secas» (30); estos son hombres que transgreden las normas básicas de convivencia con los demás; son, ciertamente, tiranos. Mientras los dioses hacen efectivo el castigo mediante una especie de aniquilamiento diluvial, escenificado en «una lluvia negra, una lluvia de día, una lluvia de noche» (31) es que nos enteramos del comportamiento negativo que tenían estos hombres:

Y he aquí que sus perros hablaron y les dijeron:

— ¿Por qué no nos dabais nuestra comida? Apenas estábamos mirando y ya nos arrojabais de vuestro lado y nos echabais fuera. Siempre tenáis listo un palo para pegarnos mientras comáis [...] ahora nosotros os destruiremos, ahora probaréis vosotros los dientes que hay en nuestra boca: os devoraremos, dijeron los perros, y luego les destrozaron las caras. (31-32)

La expresividad del ajuste de cuentas que realizan no solo los perros, sino todos los seres y objetos que los rodeaban, grafica completamente el modo cómo fueron tratados por estos hombres de madera, desestabilizadores de un orden armonioso. Es cierto que en este hecho se desliza una lección a propósito de la vida armoniosa con todos los seres del universo, no es menos cierto tampoco que estos hombres de palo serán transformados en monos como castigo por no cumplir con lo que los dioses esperaban. De este modo, «a todos les fueron destrozadas las bocas y las caras. Y dicen que la descendencia de aquellos son los monos que existen ahora en los bosques» (32).⁸ Pese a los resultados infructuosos, no se interrumpe la celebración del consejo, la reflexión y la discusión sobre la creación del hombre. El ideal se conserva intacto. La perfección y la búsqueda orientan a los creadores:

Y dijeron los Progenitores, los Creadores y Formadores, que se llaman Tepeu y Gucumatz: «Ha llegado el tiempo del amanecer, de que se termine la obra y que aparezcan los que nos han de sustentar y nutrir, los hijos esclarecidos, los vasallos civilizados; que aparezca el hombre, la humanidad, sobre la superficie de la tierra». Así dijeron. (103)

⁸ A propósito de la destrucción de estos muñecos de palo, una sugerente evaluación de su impronta en la diégesis de *Los pasos perdidos* (1953) de Alejo Carpentier, lo explica Lluís Vila Soriano; para él la rebelión de los animales y los enseres de barro y metal debido al despotismo y maltrato que sufrían por parte de los muñecos de palo, anticipa una suerte de revuelta de las máquinas contra el hombre: «en una conversación del narrador con el fraile que el Adelantado ha llevado a Santa Mónica de los Venados para evangelizar al pueblo, el *Popol Vuh* aparece como elemento de la ficción narrativa. El padre le cuenta cómo en este texto sagrado de los quichés, “se inscribe ya, con trágica adivinación el mito del robot; más aún: [cree] que es la única cosmogonía que haya presentado la amenaza de la máquina y la tragedia del aprendiz de brujo” (Carpentier 1998: 206)» (Vila Soriano 2011: 321).

Son palabras con las que se inicia la búsqueda de la tercera y última creación de los dioses, el hombre hecho enteramente de maíz: «de maíz amarillo y de maíz blanco se hizo su carne; de masa de maíz se hicieron los brazos y las piernas del hombre [...] eran hombres buenos y hermosos [...] fueron dotados de inteligencia [...] grande era su sabiduría; su vista llegaba hasta los bosques, las rocas, los lagos, los mares, las montañas y los valles» (104-105). Esta generación de hombres destaca por el alto desarrollo de su inteligencia, el alcance de sus facultades y por su capacidad para reciprocitar con los dioses: «os damos gracias, pues, por habernos dado el ser» (106). Cuando todo hace suponer que finalmente los dioses celebrarían la perfección humana que obtuvieron, el conjunto de estas cualidades se evalúa como amenazante de la condición divina de los creadores:

—No está bien lo que dicen nuestras criaturas, nuestras obras; todo lo saben, lo grande y lo pequeño, dijeron. Y así celebraron consejo nuevamente los Progenitores [...] ¿Acaso no son por su naturaleza simples criaturas y hechuras nuestras? ¿Han de ser ellos también dioses? [...] ¿Por ventura se han de igualar ellos a nosotros, sus autores, que podemos abarcar grandes distancias, que lo sabemos y vemos todo? [...] entonces el Corazón de Cielo les echó un vaho sobre los ojos, los cuales se empañaron como cuando se sopla sobre la luna un espejo. Sus ojos se velaron y solo pudieron ver lo que estaba cerca, solo esto era claro para ellos. Así fue destruida su sabiduría y todos los conocimientos de los cuatro hombres, origen y principio de la raza quiché. Así fueron creados y formados nuestros abuelos, nuestros padres, por el Corazón del Cielo, el Corazón de la Tierra. (107)

Es nítido el temor que causa la creación humana de maíz en las divinidades. La destrucción de su sabiduría y sus conocimientos sugieren que los creadores advirtieron el poder liberador e independentista que esta facultad puede promover. La reducción del alcance de todas sus capacidades se hace en nombre del mantenimiento de la superioridad del poder divino. Visto de este modo, la indagación de los dioses por lo humano —esa perfección que buscaban— define su nombre en lo siguiente: reconocimiento y aceptación de la superioridad de lo divino. Pero adviértase la significación compleja que encierra este hecho: los dioses no logran que cualquier hombre o ser los honre; el reconocimiento viene por parte de su creación más perfecta (como también más amenazante).

Si atamos lo que venimos comentando, se tiene el siguiente recorrido de creación y destrucción: los animales fueron creados, pero como no pudieron hablar como los hombres, fueron destruidos. Es evidente que la exigencia de los dioses hace que busquen una especie que posea o que haya desarrollado la racionalidad comunicativa. Cuando se crea a los hombres de barro, estos no tenían las facultades mentales desarrolladas. Se subraya el hecho que en un inicio hablaban, pero como no poseían entendimiento fueron destruidos.

Así como resulta obvio que la cancelación de esta primera creación humana se debe a que no tuvieron racionalidad, resulta obvio también que el dispositivo que activa los mecanismos de destrucción o que configura el régimen de exclusión gravita en la exigencia y tenencia de la razón en cuanto a comprensión y entendimiento, cualidades que recién se definirán completamente con la llegada de los hombres de maíz. Antes que estos fueran creados, los hombres de palo o madera, si bien poseen ciertos atributos que los hace reproducirse y andar, no obstante carecen de espíritu y razón.

Serán los hombres de maíz —resultado de un arduo trabajo de creación y destrucción— quienes cumplan con los requerimientos establecidos por las divinidades: son racionales, poseen espiritualidad, inteligencia comunicativa y reconocen la superioridad de sus dioses; es decir, «humanidad, lenguaje e inteligencia se encuentran aquí vinculados en una reflexión que bien puede considerarse cenit de cualquier cultura planetaria» (Vila Soriano 2011: 321-322).

3. SENTIDO DE LA DELIBERACIÓN

La dialéctica de creación y destrucción dimana de la exigencia divina por imponer a la realidad un hombre que reconozca que fue creado por un dios, y a quien tiene que alabar, recordar y obedecer. Pese a los infructuosos resultados que podrían hacernos pensar que la empresa de creación se abandonaría, los dioses insisten en buscar crear el hombre perfecto. Escena a escena los vemos reunirse para conversar, analizar las limitaciones de sus criaturas; deliberar, discutir, reflexionar y pensar. Cada una de estas celebraciones de la creación-dialogada está acompañada de una minuciosa evaluación por parte de los dioses: «¿Acaso no son por su naturaleza simples criaturas y hechuras nuestras? ¿Han de ser ellos también dioses? [...] ¿Por ventura se han de igualar ellos a nosotros, sus autores, que podemos abarcar grandes distancias, que lo sabemos y vemos todo?» (106). Esta constante representación de la interrogación, esto es, poner en escena el pensamiento en acción, para cercar los límites del alcance humano, traduce la idea respecto al consenso que existe entre los dioses para efectos de tomar una decisión cuya imposición asegure el mantenimiento de su poder, y de otra forma, la recurrencia sugiere también que la creación humana es resultado del diálogo, de la participación del pensar en acción y en comunión (la

deliberación). Tomemos aquella creación y destrucción como el devenir del pensamiento en acción, la puesta en escena de su intensidad para hacer aparecer la creación. A partir de ello, «lo que saldrá de una conversación no lo puede saber nadie por anticipado. El acuerdo o su fracaso es como un suceso que tiene lugar en nosotros [...] la conversación tiene su propio espíritu y que el lenguaje que discurre en ella lleva consigo su propia verdad, esto es, “desvela” y deja aparecer algo que desde ese momento es» (Gadamer 1977: 461). El diálogo (la deliberación, conversación, consejo) es lo que logra hacer aparecer sobre el teatro del mundo al ser humano que se quería, el hombre de maíz. Es lo que la escritura dibuja o grafica para nuestros ojos, dicho de otra forma, lo que nace y vive se hace en y por el diálogo (la deliberación), el lenguaje. Por ello mismo se le exige también, a esta creación, conocimiento. Los dioses necesitan de los hombres para existir. Los hombres necesitan saber honrar a los dioses para no ser destruidos.

Los progresivos intentos de creación y destrucción que realizan los dioses, aquellos ensayos donde se mezcla la tierra y el barro, o se hace andar el palo o la madera, y se combina los diversos colores del maíz, ilustran que la búsqueda del hombre ideal deberá terminar cuando se encuentre no a cualquier hombre, sino cuando se dé con el hombre racional, prudente y virtuoso. Es decir, un hombre a quien la destreza física no le haga abusar de alguna criatura, y a quien el alcance de su racionalidad no lo aliente a pretender estar por sobre los dioses. Evidentemente, uno de los elementos que juega un papel importante para lograr crear y elegir al hombre de maíz hombre ideal será la deliberación (el diálogo). Desde esta perspectiva, cabe preguntarse ¿Qué se comprende por deliberación y por qué se asocia dicha categoría con razón, comprensión o entendimiento? ¿Cuál es el sentido de

la deliberación en todo este proceso de creación y destrucción? ¿Cómo se relaciona la deliberación con el advenimiento de lo humano?

Cuando Aristóteles explica en qué consiste la elección, sostiene que esta presupone un juicio. Es decir, no es resultado de un deseo, más bien proviene de una meditación y evaluación a propósito de las implicancias que aquella decisión pueda acarrear. Aquel juicio que guía la razón práctica se llama deliberación: movimiento de la voluntad de un ser exclusivamente racional (Cf. Aristóteles 1985 III: 1112a - 1113a). El régimen de sentido que propone la deliberación logra definirse con modos complementarios de prácticas cognitivas: razón, reflexión y análisis, entre otras. Deliberar significará, en tal sentido, el ejercicio de la razón. Tendrá, en consecuencia, aires de familia con categorías como comprensión, entendimiento y elección. Asumimos en este sentido la noción de deliberación. Por ello, planteamos como interrogante el sentido que esta tiene en el advenimiento de lo humano en la llamada «Biblia de América» al narrarse, «se juntaron, llegaron y celebraron consejo en la oscuridad y en la noche; luego buscaron y discutieron, y aquí reflexionaron y pensaron. De esta manera salieron a la luz claramente sus decisiones y encontraron y descubrieron lo que debería entrar en la carne del hombre» (103).

La referencia textual es apenas una muestra de las diversas situaciones donde se encuentra a los dioses reunidos para deliberar a propósito de cuál es el modelo de hombre que necesitan para que los honre. El pasaje deja advertir la intensidad del quehacer reflexivo que tienen estos. Efectivamente, la historia del advenimiento de lo humano es una sucesión de creación y destrucción que la razón (deliberación) de los dioses realiza hasta encontrar la humanidad ideal. En tal sentido, la aparición de lo humano no es un hecho fortuito. Obedece a un proyecto guiado por la razón práctica. Por

ello, se debe tomar en cuenta que cada hombre creado, en el caso del hombre de barro o el de palo, fenece porque carece de racionalidad comunicativa o de entendimiento suficiente que le permita honrar a los dioses creadores. Es decir, la falta de desarrollo de las facultades cognitivas para ponerlas al servicio divino, hace que estos no merezcan existir.

El papel que cumple la deliberación resulta fundamental en esta suerte de política de selectividad antropológica. Mediante el proceso de selección, advertimos que los dioses disciernen (deliberan) sobre la creación en cuyo justo proceder descansará el futuro de la existencia divina. Efectivamente, esta insistencia de los dioses en las características que debe tener la creación humana (perfecta), hace notar el vacío e incertidumbre que existe dentro de aquellos a propósito de la conservación, el reconocimiento y aceptación de su poder. La deliberación tiene, entonces, un doble sentido. En los dioses sirve para poder discernir y seleccionar a lo existente (para reflexionar y meditar sobre el porvenir). En los hombres funciona como garantía definitiva que asegura la pervivencia sobre el universo. Si bien el interés de los dioses porque el hombre tenga y desarrolle una racionalidad puede dibujar alguna imagen positiva de su empresa intelectual, la escena cuando estos analizan lo peligroso que les resultaría el elevado conocimiento del hombre de maíz revela claramente que los dioses necesitan una razón sujeta a ellos. Es el precio de la aurora de lo humano. Es la paradoja inaugural del conocimiento que despierta.

En párrafos anteriores sostuvimos que el *Popol Vuh* anuncia el advenimiento de lo humano dentro de un marco de diálogo, la explicación del doble sentido de la deliberación permitió comprender que lo humano en el *Popol Vuh* es producto de los múltiples ensayos de la razón por obtener el resultado más óptimo. La dialéctica de creación y destrucción que traman las

hebras discursivas de la historia del relato encierra el proyecto antropológico que tiene como punta de lanza a la deliberación. Los dioses deliberan para imponer el hombre más justo. Los hombres deliberan para existir. La deliberación garantiza el que dioses y hombres vivan bien en común.

4. CODA

Si leemos el *Popol Vuh* como manifestación del «pensamiento mítico», del «pensamiento salvaje» o de aquel otro pensamiento enmarcado en la época «pre-moderna» —en la línea histórica de la aceptación institucional de que la producción del discurso filosófico es monopólicamente occidental—, probablemente el sentido de la deliberación no llame la atención. Y ello porque el tratamiento de la alteridad filosófica se ha orientado hacia el despojo de la condición de «filosoficidad» de las «otras filosofías»:

Desde los relatos de la Biblia, pasando por los griegos y los romanos y llegando a los conquistadores e imperialistas culturales de todos los tiempos, el silogismo falaz pero convincente siempre ha sido el mismo: «Nosotros tenemos la civilización y la razón; las otras y los otros son totalmente distintos (*totaliter aliter*) de nosotros; ergo las otras y los otros no tienen la civilización y la razón» (Estermann 2008: 22).

«Sabotear» este histórico silogismo y restituir la condición filosófica del discurso cultural prehispánico es precisamente nuestro objetivo. El énfasis que hemos puesto en la explicación de la deliberación y de todas aquellas figuras propias del discurso más cartesiano, cuya presencia en el

seminal texto quiché, revela la naturaleza de nuestro *logos* pues advertimos que este —como en occidente— germina y se desarrolla en el corazón de lo que tradicionalmente se conoce como *mythos*; en su retórica, sus alegorías y sus pinturas se encuentra la aurora de nuestro filosofar, ya que «a la luz de estas ideas no resultará incoherente hablar de hombres de culturas, tenidas a veces como primitivas o semibárbaras, que aparecen dedicados a quehaceres intelectuales hasta cierto punto semejantes a los en que, entre los pueblos más refinados, se consideran propios de los sabios y aun de los filósofos» (León-Portilla 1980: 143).

No es casual que el término maya *popol* contenga el sentido de junta, reunión o casa común; estas son acciones orientadas al diálogo en comunidad y al quehacer del pensamiento social; mientras que la palabra *vuh* o *uúh* significa papel o trapo, y se deriva del maya *húun* o *úun*, y refiere al papel y al libro. En otras palabras, reparemos que estamos frente a un texto que condensa uno de los primeros modelos de mundo donde se dispone en interacción a los dioses, hombres y criaturas; de su éxito o fracaso derivará una suerte de política de ordenamiento e interrelación. Este «modelo de mundo» (Cf. Asensi 2011: 22-26), para los dioses creadores, se organiza con un ser humano racional que reconozca en ellos ser el origen de todo. Por tanto, «para el maya la divinidad es el principio de todas las cosas» (Cf. Hernández 2009: 27).

En tal sentido, pensamos que se debería reorientar el pensamiento sobre los mitos americanos hacia lugares donde no se le reduzca la capacidad epistemológica de proponer «modelos de mundo» y de sociedad. Si convenimos que en el *Popol Vuh* esta insistente presencia de las figuras del *logos* (el diálogo, la deliberación, el pensamiento, la razón, el ensayo, el error, el análisis, la interrogante constante, entre otros) no es gratuita en tanto

que expresan los modos de cómo se busca organizar —dar sentido— a un modelo de mundo, también se debe reconocer que estas alusiones no tienen nada que envidiar a cualquier otra empresa del conocimiento que se articula quizá con otro sistema tropológico pero que busca establecer alguna política o contrato social entre dioses y hombres. En otras palabras: «Al acercarnos [...] a los mitos mesoamericanos no esperemos encontrar en ellos formas precarias de conocimiento en las que aún no ha aflorado la abstracción y en las que todo absolutamente suena a fantasía, consecuencia de la emotividad primitiva» (León-Portilla 1980: 144). El *Popol Vuh* contiene el archivo de nuestra «tradición epistemológica» mesoamericana. A través de este comprendemos que nuestra humanidad también es producto de la razón. Es decir, de aquel ejercicio de la mente que occidente cree patrimonio exclusivamente suyo. El sueño de nuestra razón a través del *Popol Vuh* no ha parido monstruos, pero ha dado luz hombres de maíz. Seres que —como manifestación del entendimiento de lo que es el bien común— comulgan con los dioses y las criaturas.

REFERENCIAS

ACUÑA, René

1998 *Temas del Popol Vuh*. México: UNAM/Instituto de investigaciones filológicas.

ALCINA FRANCH, José

1989 *Mitos y literatura maya*. Madrid: Alianza Editorial.

ANÓNIMO

1960 *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché*. Traducción, introducción y notas de Adrián Recinos. México: Fondo de Cultura Económica.

ARISTÓTELES

1985 [400 a.C] *Ética nicomáquea. Ética eudemia*. Traducción y notas de Julio Pallí Bonet e introducción de Emilio Lledó Íñigo. Madrid: Gredos.

ASENSI PÉREZ, Manuel

2011 *Crítica y sabotaje*. Barcelona: Anthropos.

BORGES, Jorge Luis

1956 *Ficciones*. Buenos Aires: Emecé.

BROTHERSTON, Gordon

1997 *La América indígena en su literatura: los libros del cuarto mundo*. Traducción de Teresa Ortega y Mónica Utrilla. México: Fondo de Cultura Económica.

2011 «Mito y Mundo Nuevo: caminos milenarios que quedan por andar». En CHOCANO, Magdalena; William ROWE, y Helena USANDIZAGA, (eds.). *Huellas del mito prehispánico en la literatura latinoamericana*. Madrid: Iberoamericana, pp. 109-125.

ESTERMANN, Josef

1998 *Filosofía andina. Estudio intercultural de la sabiduría autóctona andina*. Quito: Abya-Yala.

2008 *Si el sur fuera el norte. Chakanas interculturales entre Andes y Occidente*. La Paz: ISEAT.

GADAMER, Hans-Georg

1977 *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Salamanca: Sígueme.

GARZA, Mercedes de la (ed.)

1980 *Literatura maya*. Compilación y prólogo de Mercedes de la Garza. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

HERNÁNDEZ DÍAZ, Miguel

2009 «El pensamiento maya». En DUSSEL, Enrique; Eduardo MENDIETA y Carmen BOHÓRQUEZ, (eds.). En *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y «Latino» (1300-2000): historia, corrientes, temas y filósofos*. México: Siglo XXI, pp. 27-32.

LEÓN-PORTILLA, Miguel

1978 *Literatura del México antiguo. Los textos en lengua náhuatl*. Edición, estudios introductorios y versiones de Miguel León-Portilla. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

1980 «Introducción al pensamiento mítico mesoamericano». *Toltecáyotl. Aspectos de la cultura náhuatl*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 139-165.

1996 *El destino de la palabra. De la oralidad y los códices mesoamericanos a la escritura alfabética (1996)*. México: Fondo de Cultura Económica.

MIGNOLO, Walter

1993 «Palabras pronunciadas con el corazón caliente»: teorías del habla, del discurso y de la escritura». En PIZARRO, Ana (comp.). *América Latina: palabra, literatura e cultura*. Memorial. Sao Paulo: UNICAMP, pp. 527-562.

1994 «Signs and Their Transmission: The Question of the Book in the New World». In HILL BOONE, Elizabeth and Walter MIGNOLO, (eds.). *Writing without Words: alternative literacies in Mesoamerica and the Andes*. Durham: Duke University Press, pp. 220-270.

SODI M., Demetrio

1964 *La literatura de los Mayas*. México: Joaquín Mortiz.

SÉJOURNÉ, Laurette

1964 *Pensamiento y religión en el México antiguo*. México: Fondo de Cultura Económica.

TEDLOCK, Dennis

1996 «Introducción». *Popol Vuh*. New York: Touchstone, pp. 21-60.

VILA SORIANO, Lluís

2011 «La presencia del *Popol Vuh* y el *Chilam Balam de Chumayel* en *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier». En CHOCANO, Magdalena; William ROWE, y Helena USANDIZAGA, (eds.).

JAVIER MORALES MENA

Huellas del mito prehispánico en la literatura latinoamericana.
Madrid: Iberoamericana, pp. 313-322.